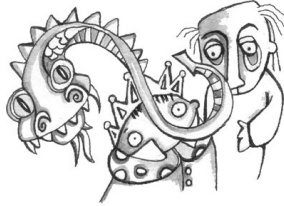
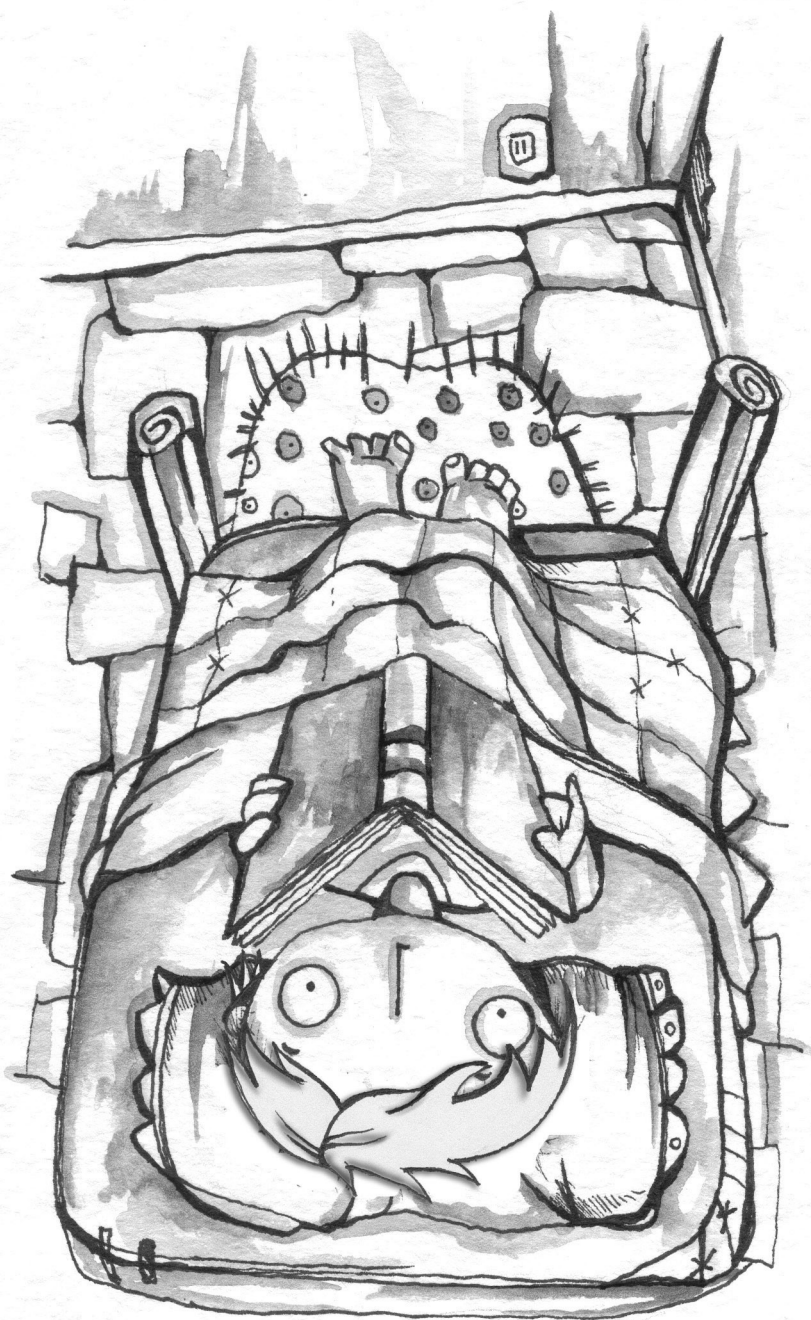


## I. Una especie de arranque



Si les digo que Pedro era un niño triste y solitario van a pensar que de entrada esto ya se puso un poco aburrido. Que las historias de personajes tristes y solitarios suelen transcurrir, justamente, tristes y solitarias. ¿A quién le interesa la historia de un niño impopular, que no tenía amigos? Que tenía, en cambio, un par de padres (quiero decir padre y madre, no crean que es tan moderna esta historia) que eran demasiado viejos y que, además de haber entrado en la edad madura muchos años atrás, de pronto hacían locuras que llevaban a Pedro a creer que, si esas cosas eran hereditarias, tarde o temprano él necesitaría la ayuda de un siquiatra.

Si yo pensara que la historia de Pedro es aburrida, no se me ocurriría contársela a nadie. Y no es que él, como todos los niños, solitarios o no, no tuviera de pronto momentos en los que mirando el techo se preguntara qué chiste tenía una vida como la suya. Pedro tenía uno de esos momentos, para ser exactos, todos los días. Leía muchos



libros, eso sí. La lectura le daba variedad a su vida, pero también gracias a ella podía notar que era tan aburrida. En los libros a los personajes les pasan cosas casi todo el tiempo. Muchos de ellos tienen aventuras en lugares lejanos, o romances llenos de pasión, o peligros que sortear. Vaya, tienen algo de adrenalina que les adereza la existencia. A Pedro, desde hacía poco tiempo, lo único que le aderezaba la existencia era la vecina rara. ¿Y quién diablos es la vecina rara?, se preguntarán. Eso lo explicamos al rato.

También hay que decir que en los libros que leía Pedro no sólo no se podían encontrar vidas similares a la suya, sino a la de ningún niño más o menos contemporáneo. Los personajes que poblaban aquellas páginas eran reyes, príncipes, dragones, brujas y el etcétera correspondiente.

En cambio, en las películas que veía, de vez en cuando encontraba personajes con los cuales identificarse. Pero en realidad veía muy pocas, no porque le disgustaran, sino porque no había entonces tantas como ahora. Sucede que la historia de este niño transcurre hace muchos años. No “hace muchos años” en tiempos de carretas e inquisición, sino “hace muchos años” cuando moría la música disco y el pop tomaba su lugar. Las plataformas y los pantalones acampanados se refundían en los armarios y daban paso a una moda equivalentemente horrible. Es decir, comenzaba la década de los ochenta.

No se espanten. De acuerdo, en los tiempos de Pedro en este país no había computadoras, ni videojuegos caseros,